

Me llamo Beatriz Marí. Hace muchos años que salí de Besana. Tantos, que no recuerdo cuántos son. Tantos, que los nombres y las caras de mis compañeras se desdibujan en mi memoria. El tiempo pasa deprisa, y muchas veces, no deja que nos demos cuenta de las cosas que ocurren a nuestro alrededor, ni tampoco, de la importancia que realmente tienen esos sucesos. Algo así ha sucedido con mi experiencia en Besana. No he sabido cómo ha influido en la persona que he llegado a ser, hasta que no han pasado muchos, muchos años.

Cuando uno es joven, espera que la vida cambie con grandes acontecimientos. Y al hacernos mayores comprendemos que no, que la vida se hace todos los días, poco a poco, cuidando las cosas pequeñas. Desde cómo saludas a tu familia por la mañana, cómo te comportas en el metro, cómo vas vestida, cómo has hecho tus tareas, cómo tratas a tus compañeras, cómo es tu oración... Y esa es la gran lección que aprendí en estas aulas. ¿Os parece poco? No es así, hay personas que no llegan a comprenderlo nunca. El mundo está lleno de personas amargadas que siempre esperan a mañana para cambiar sus vidas y hacer felices a los demás.

Y esa es la segunda gran lección que aprendí en Besana. Vive con alegría. Trata a los demás con cariño. Nunca des por perdido a nadie. Porque os puedo asegurar que, hoy en día, hay muy pocos lugares donde alguien signifique algo para otra persona. Donde una extraña (alguien ajeno a tu familia y círculo de amigos) se tome la molestia de pensar en ti, cuidar de ti, orar por ti... Ese es un tesoro que sólo se encuentra en lugares como Besana.

Sólo espero que dentro de algunos años podáis mirar hacia atrás, y daros cuenta de que habéis aprovechado la oportunidad que os han puesto en vuestro camino. Un título puede conseguirse en cualquier parte. Conseguir que la vida merezca la pena, se aprende en muy pocos sitios. Mucha suerte a todas.